

La extrañeza del absoluto

JOSÉ ANTONIO PALAO ERRANDO

Universitat Jaume I

> *Rompiendo las olas: una figuración posmoderna de lo trágico*

BERTA M. PÉREZ

Madrid, Akal, 2012.



Todos conocemos esos volúmenes, que de cuando en cuando atiborran las librerías, en los que algunos especialistas en (la didáctica de) un determinado campo del conocimiento, desde la Física Teórica al Psicoanálisis, y teniendo a la Historia y a la Filosofía como cabeza del fenómeno, deciden que el cine es la herramienta adecuada para ilustrar y divulgar los ítems consensuados como principales en dicho campo de conocimiento. Y todos sabemos, también, las enormes dificultades que tenemos para dialogar con ellos los que estudiamos los discursos audiovisuales desde el punto de vista de su especificidad filmica, porque en estos repertorios divulgativos y didácticos el filme queda muerto para su interpretación, para su apropiación estética y existencial, completamente sepultado por su uso ilustrativo y divulgativo. La forma es el ingrediente esencial y constitutivo del arte, y su abordaje puramente temático traiciona, precisamente, su vector de mayor potencia simbólica y expresiva.

Ahora bien, hay otros pensadores, cuyo ejemplo más notable entre nosotros tal vez sea el tristemente desaparecido Eugenio Trías, que, cuando se enfrentan a los textos fílmicos, lo hacen, no negando su especificidad, sino concediéndoles la altura epistémica del texto filosófico, y dialogando con ellos en una vertiente que se acerca a la ἀλήθεια (*Alétheia*) mucho más que a la mera παιδεία (*paideia*) divulgativa. El texto de Berta M. Pérez que nos ocupa se inserta de pleno en esta tendencia, y, aunque no analice el aspecto plástico y vi-

sual del film, lo sigue a la letra mostrándole su máximo respeto y devoción en la forma de una conversación profunda y radical.

La autora trata el filme de Lars von Trier como una tragedia de pleno derecho, por lo que hace del personaje *prot-agónico* el centro y pivote de toda su reflexión. Bess es una heroína trágica, pero su antagonista, aquello contra lo que mide su singular humanidad y feminidad, no es el semblante antropomórfico de una deidad pagana, sino el *absoluto* en toda la grandiosidad de su esencia irrepresentable, manifiéstese como amor, como autenticidad, como pecado. Y lo hace justamente en el momento en el que más triunfante se ha sentido el relativismo en toda la Edad Contemporánea, la década de los 90 del siglo XX, que vio caer los regímenes totalitarios de corte soviético.

Toda la primera parte del libro es, pues, una minuciosa lectura a la letra (al relato y al diálogo, mucho más que a la imagen, como queda dicho) que trata al filme como un texto más dramático y narrativo que cinematográfico. Una indagación sobre la peripecia de Bess, sobre su interpelación continua por lo *incondicionado* que todo condiciona y que la coloca en una posición de extranjería radical respecto a los hombres, a su comunidad, a la razonabilidad, a la vez que la arrastra a ofrendar su vida a un amor anegado de absoluto, y que, por lo tanto, se ubica *más allá del bien y más allá del mal*, no por ignorarlos, sino por haber atravesado su

confrontación y haber rebasado el umbral de la razón, la moral y la vida buena. La pregunta que para Berta Pérez cifra todo el enigma del *Rompiendo las olas*, es precisamente, *¿Cabe amar bien, ser bueno en el amor?* Tanto la posición de Jan como las acciones de Bess nos llevan a un lugar bien distinto del amor razonable y burgués. Y la autora propone leer ese final de Bess, caída en las garras de la prostitución, como una nueva comunión, como un nuevo sacrificio litúrgico, en el que el sujeto se halla dividido entre cuerpo y alma, sin que ninguno de ambos términos tenga una preponderancia sobre el otro.

Ahora bien, a mi modesto entender, es la segunda parte del libro la que le concede todo su alcance y su indudable estatura reflexiva, pues otorga a la película su más egregia dimensión, al ponerlo en diálogo con la esencia de la civilización occidental y con su dimensión antropológica. Y lo hace, como ya hemos visto, ubicando el gesto trágico en el centro de su razonamiento, sin que la autora olvide en ningún momento lo complicado que es asignar a un texto contemporáneo este carácter sin ambages; lo que la lleva, con la necesaria cautela, a calificar a *Rompiendo las olas* no como “tragedia”, sino como una “figuración” posmoderna de lo trágico, para lo cual se ampara en las dos grandes figuras intelectuales que son ineludible referencia en este asunto, cada uno en su nivel: Friedrich Nietzsche y George Steiner. Esta segunda parte está a su vez dividida en dos grandes subepígrafos. En el primero de ellos, se contextualiza el gesto trágico tanto en el devenir de la cultura occidental como en la trayectoria cinematográfica de Lars von Trier, pues se lo enfoca como una culminación de la trilogía europea (*The Element of Crime* (1984), *Epidemic* (1988) y *Europa* (1991)), donde la tragedia es vista, desde un punto de vista contemporáneo, como un enfrentamiento entre la razón ilustrada y la naturaleza que se rebela y escapa. En la segunda, vuelve a ser Bess como personaje la protagonista absoluta, y se reflexiona sobre su carácter trágico, comparándolo ahora con los dos caracteres femeninos que mejor pueden ejemplificar la deriva de su ética y de su estética respecto a la ley, a la polis, a la finitud, a la divinidad y absoluto: la helénica Antígona y la cristiana Jua-

na de Arco. Midiéndola con ellas, Bess nos ofrece una visión moderna y reflexiva sobre lo trágico: lo trágico no fundamentado, lo trágico sin referencia sólida, lo trágico ante el dios amordazado de la ciencia y la racionalidad instrumental, que tienen como corolario la universalidad de la ley y la rebeldía frente al desprecio de sí.

En definitiva, *Rompiendo las olas* se nos presenta en este libro como una película sobre lo incondicionado que es condicionante de todo lo demás: el absoluto en la forma de un amor más allá del bien y del mal. Pero como todo buen filme, todo buen libro ha de dejar tras su lectura algo que desear. Y a mí me queda el anhelo de prolongar el diálogo con Berta y con Von Trier en dirección a la cuestión teológica que subyace en todo el film, entrelazada con su vertiente ética y estética. Lo teológico es una dimensión suplementaria respecto a lo religioso porque acepta el desafío de enfrentar a la Divinidad al Logos, alejándose de su dimensión vacuamente emotiva e imaginaria, y con ello contempla la abyección que siempre anida en lo humano desde una perspectiva que la acerca peligrosamente a la conciencia. La teología cristiana lleva implícitos todos los argumentos que pueden subvertir su pacata y ceremoniosa versión católica, precisamente porque el dogma y el misterio de la encarnación le otorgan un carácter esencialmente materialista e híbrido, donde el espíritu no anda enajenado del ser sino extraviado en él, donde la *res cogitans* no está íntegramente exiliada de la *res extensa*. Lars von Trier hizo un camino del que *Rompiendo las olas* es consumado testimonio: el abandono de la pureza subjetiva, autónoma y logocéntrica para acercarse al catolicismo, implica ir buscando, sin duda, la *hybris* de la carne, de la imagen, del amor. A estas charlas infinitas estarían perennemente invitados Krzysztof Kieslowski y Denis de Rougemont. Más de una velada serían bien recibidos Slavoj Žižek, Gianni Vattimo, Eva Illouz, Zygmunt Bauman y Alain Badiou, que seguro que aportarían cosas interesantes, siempre que lleváramos cuidado para que no monopolizaran el coloquio.